

I

BOSQUE DE KARNAG, 1 DE ENERO DE 1397

Huir era arriesgado, pero quedarse suponía desafiar a la muerte.

La amenaza de un ataque se cernía sobre sus cabezas. Las fuerzas del conde de Gwened, sin los doce caballeros, eran poco menos que simbólicas. Por eso planeó la huida; pese a lo avanzado del embarazo de su esposa, o tal vez por esa misma circunstancia. El caso era que tenía que evacuarla antes de que la ciudad cayera. Si esperaban, no habría escapatoria.

Una milicia camuflada saldría hacia las tierras más recónditas de la vieja Armórica. A un lugar seguro, donde la condesa pudiera traer al mundo a su decimotercer hijo. Los espías afirmaban que Vannes iba a ser atacada de forma inminente, y los condes eran el botín máspreciado que los ingleses podrían obtener. Sobre todo, si los atrapaban junto a su hijo recién nacido.

Definitivamente, Alix debía huir. Ya casi no había tiempo.

Antes de caer en la cuenta, la dama se vio dando botes en el pescante de un carromato cargado de leña, de camino al *Penn ar Bed*. Ella se dejó ir bajo la nevada más grande que jamás había visto. Si Patern consideraba que era lo mejor, fuese; aunque las sacudidas le hiciesen presentir que podía ponerse de parto en cualquier instante. Allí mismo podía ser, pensó con pavor. Allí, bajo aquella ventisca que arreciaba por momentos.

Porque quedarse, había dicho el conde, era desafiar a la muerte.

No cayó en que esas huidas siempre son en vano. La muerte es certera, narra una leyenda antigua, forjada en los albores de la Armórica. Si ha de encontrar a una persona, lo hará.

Aunque se esconda en el último confín del mundo.

Llevaban ya horas de camino cuando a Alix la asaltó un escalofrío. Sin saber muy bien cómo, acababa de percibir algo entre el follaje. Un indicio leve, pero aterrador, que trajo la vieja fábula a su memoria.

No estaban solos en el bosque.
«La muerte siempre encuentra», decía la leyenda.
Incluso en los confines más recónditos del viejo *Penn ar Bed*.

II

Las órdenes del Maestre habían sido tajantes.

—Vigila todo movimiento que tenga lugar en la Bretaña.

Beadur recordaba sus palabras con nitidez. La región vivía una guerra soterrada que la Orden no podía ignorar. El poder de los caballeros hospitalarios se cimentaba en la información recabada por sus espías en cada rincón de la cristiandad. Por eso, el gran señor de Rodas había insistido en que debían mantener la Armórica bajo vigilancia. Con medios limitados, pero sin escatimar esfuerzos. Una misión que solo unos pocos podrían asumir.

Habían pasado meses desde esa conversación, pero Beadur no había bajado la guardia ni por un instante. Ni bajo el sol abrasador del estío ni bajo aquella nevada atroz que borraba los caminos. Moviéndose siempre como una sombra. Por algo era apodado «el Fantasma Gris».

El frío le traspasaba los huesos tras varios días de persecución silenciosa. Sin dormir. Sin apenas comer. Cualquier otro ya habría sucumbido, pero él no. Él nunca descansaba. Su vigilia le había permitido destapar una incursión inglesa en suelo continental. Maniobras secretas que confirmaban las sospechas del Gran Maestre. Esa era su guerra. Rodas, Jerusalén, Constantinopla. Los lugares sagrados.

La última defensa de su civilización.

Si la organización conservaba sobre el terreno a Beadur Njörðr era porque necesitaban su información para subsistir. Ardua tarea. Y allí estaba él. Por pura supervivencia.

Escondarse de unos asesinos de tan alto nivel era casi imposible, pero lo había logrado. De hecho, llevaba tres días persiguiéndolos entre las sombras. Habían cruzado toda la Bretaña a marchas forzadas para esconderse allí, camuflados entre la maleza, al lado de aquel camino. Esperando algo que Beadur no alcanzaba a adivinar.

Tenía que ser un objetivo importante, para arriesgarse de tal manera en territorio enemigo. Y una misión así necesitaba a algún trai-

dor. También él había sido advertido de la incursión el día previo al desembarco. *Traidores hay en todos los bandos*, rumió. Hasta en el suyo.

Al oír el rechinar inconfundible de un carro, se deslizó a lo largo de su espalda la trenza que un día había prometido nunca más cortar. Dudó. Lo que aguardaban los ingleses tenía que ser aquel vehículo. ¿Qué otra cosa podría ser, en semejante lugar?

No obstante, pronto volvió a bajar la cabeza, decepcionado. Lo que se acercaba no era más que un carro de leñadores, conducido por un hombre y una mujer que se protegían de la nieve con sus capas. Esos infelices no podían ser lo que los mercenarios ingleses esperaban. No tenía sentido atravesar el océano embravecido y toda la Bretaña, de norte a sur, para asaltar a unos simples arrieros. Nada, pues. Habría que seguir aguardando.

Se concentró en conservar el calor corporal. Las condiciones eran extremas, pero no había privación que pudiera minar su ánimo. Para ello había sido entrenado en los desiertos de Tierra Santa, bebiendo sus propios orines y cazando serpientes con las manos. Un poco de nieve no iba a acobardar a un gauta.

El problema era averiguar qué rayos querían los mercenarios.

No tardó en descubrirlo. Ante el avance del carro, siete soldados tensaron los pequeños arcos que llevaban ocultos bajo sus capas. Al distinguir la calidad de las armas, Beadur confirmó que no eran unos simples esbirros. Ya se lo había parecido al ver la extrema pulcritud de sus campamentos y la discreción espectral de su incursión. Sin embargo, ahora estaba seguro. Eran fuerzas de élite. Si no lo habían descubierto había sido gracias a que Beadur sabía hacerse invisible.

Los arcos zumbaron en el mismo instante. Siete flechas salieron directas hacia los leñadores sin que ellos nunca llegasen a saberlo. Los proyectiles entraron por el ojo derecho de cada uno, hasta atravesarles el cráneo. Se desplomaron al unísono sobre la nieve, antes inmaculada y ahora salpicada de rojo. La mujer que iba sentada en el pescante se quedó paralizada. Ya solo estaba ella.

El carro se detuvo. Los bueyes ceñidos al yugo esperaron unas órdenes que ya nunca recibirían. Los siete arqueros cargaron de nuevo sus armas, y sus compañeros se mantuvieron en posición con las espadas en la mano. Beadur arqueó las cejas. No tenía sentido que el objetivo de un cuerpo así fuesen unos simples leñadores. Al fin, dos

hombres se adelantaron. La mujer, al verlos, se apeó con cuidado. Bajo la capa cubierta de nieve se percibía algo extraño en sus movimientos. Algo así como una rara torpeza.

Una pesadez difícil de interpretar.

—Oscuros son los tiempos que vivimos —saludó, con un marcado acento extranjero, el hombre que estaba al mando de la milicia—. Tanto como para ver a una condesa vestida de arriera.

El hombre que lo acompañaba era apenas un chiquillo de unos quince años. Llevaba la espada desenvainada, pero mostraba más dudas que convicción. La mujer, ignorando al capitán, atravesó con la mirada al muchacho.

—Como a un hijo te tratamos siempre, Cearbhall —le espetó.

El joven clavó la vista en el suelo.

—¿A dónde os dirigís? —se interesó el militar.

La mujer se encaró entonces con el extranjero. Temblaba, pero mantenía la cabeza alta.

—Esa pregunta no tiene sentido —contestó, con la frente alzada. *Tal vez cazada*, se admiró el gauta, *pero no sometida*—. Una condesa no tiene por qué dar explicaciones a nadie en sus dominios. De cualquier modo, supongo que ya no voy a ninguna parte. ¿No es cierto?

La palidez de su cara le daba un aspecto sobrenatural. La nevada iba a más por momentos, cubriéndole la capa, ya blanca también. Toda ella parecía una aparición.

—Cierto —fue cuanto respondió el capitán. Y, en una décima de segundo, le asestó un mandoble brutal a la altura del cuello.

Antes de que nadie pudiera ni prever el golpe, la cabeza de la mujer rodó por la nieve.

Cearbhall intentó reaccionar ante la súbita acción de su compañero, pero la velocidad a la que sucedió todo hizo que solo amagase un movimiento instintivo que acabó, casi antes de empezar, en un gesto de estupefacción.

—¡Dreng! —chilló, horrorizado—. ¡No! ¿Por qué?

El joven cayó al suelo de rodillas, entre náuseas. Desde su cobijo, Beadur contempló la conducta impasible de los ingleses. Ya sabía quién era el traidor.

—¿Cómo creías que íbamos a cumplir la misión? —rio Dreng.

Después agarró por los cabellos la cabeza cercenada, levantó a Cearbhall y ordenó retirada. Los soldados desaparecieron entre la flo-

resta como espectros. La nevada arreciaba. Sus huellas serían borradas en minutos.

Aún sorprendido, pero ya atando cabos, Beadur los dejó ir. Ya tenía la información que necesitaba: un grupo de sicarios llegados de Inglaterra se había internado en la Bretaña para matar a la condesa de Vannes. Y lo habían logrado gracias a la información proporcionada por un traidor llamado Cearbhall. Sin embargo, había cosas que seguían sin encajar. Demasiados recursos invertidos en liquidar a una mujer indefensa que ya había sido madre de doce hijos. Ni un rescate, ni una victoria militar. Nada. Tan solo un asesinato.

Pensativo, observó el cadáver desde la distancia. La mujer debía de estar a punto de dar a luz, pero eso ya nunca sucedería. Inmóvil, vio cómo el último soldado inglés desaparecía entre la maleza. No iba a obtener nada más de ellos, pero el cuerpo mutilado de la condesa podía proporcionarle una información valiosa. No había prisa. Registraría las ropas de la condesa y también el carro. Trataría de encontrar algún documento, o alguna alhaja.

Cuando ya se disponía a incorporarse, se detuvo sobresaltado. Algo estaba moviéndose entre las ramas encima del cadáver. Las sorpresas no habían terminado aún. Beadur se quedó paralizado al ver bajar del árbol a una muchachita de unos doce o trece años, que se dejó caer junto al cuerpo de la condesa.

Contra todo pronóstico, lo más asombroso estaba por llegar.

A pesar de todas las atrocidades que había tenido ocasión de presenciar a lo largo de su vida, Beadur Njörðr se quedó atónito al ver lo que sucedió bajo la ventisca. Ante la mirada asombrada del gauta, el milagro más insospechado tuvo lugar.

La luz se hizo de la forma más inesperada justo donde la muerte acababa de esparcir tinieblas, y una vieja profecía golpeó su conciencia como con un mazo de granito. El primer verso de un poema olvidado surgió en el aire ante sus ojos, girando con letras de fuego.

«Hijo de la nieve, de la muerte nacido».

III

A Breann le gustaba la nieve.

Le recordaba a los inviernos en Escocia, cuando era niña. Un tiempo que se le antojaba remoto, como si formase parte de un sueño difuso.

No tenía más que doce años, pero llevaba los cuatro últimos lejos de su hogar. Y las cosas, desde luego, no habían salido como se había imaginado. Lo había dejado todo para adquirir la sabiduría ancestral de los druidas, que perduraba entre las piedras hitas de Karnag. Así lo había previsto su padre cuando había decidido enviarla a la lejana Bretaña como aprendiz de la sanadora más sabia de toda la Armórica. «*Si no del mundo entero*», había dicho él.

La legendaria Myrna Ménec. La druida de Morbihan.

—Serás la heredera de la sabiduría forjada por el pueblo antiguo. —Su padre era el curandero de Inverness. Morvern Airdsgainne lo llamaban. Y no cabía en sí de orgullo—. Myrna te ha elegido entre cientos de aspirantes pese a provenir de un país distante.

«*El país es el mismo, Morvern; recuerda que todos somos hijos de Gael*»; el hombre recordaba aún las palabras de la anciana.

La pequeña se había ilusionado por puro contagio. Una auténtica druida, la sanadora más venerada, había aceptado enseñarle cuanto sabía. Pócimas secretas, arreglos para enfermedades incurables, los secretos ancestrales... El conocimiento milenario de los Gaeles le iba a ser transmitido a ella. A Breann Airdsgainne, una chiquilla nacida en la remota Inbhir Nis.

—Esos conocimientos jamás fueron escritos. —La pequeña nunca había visto a su padre tan entusiasmado—. O se reciben de esa mujer o se pierden para siempre.

El futuro, por boca de Morvern, se presentaba como una aventura apasionante. Sin embargo, al llegar a Karnag la decepción de Breann fue proporcional a las expectativas. Myrna resultó ser una vieja loca que tanto podía acariciarte hoy el cabello como arrearte mañana una coz sin motivo. Sin mediar palabra ni razón.

Una demente que tenía la casa atestada de artefactos extraños. Ollas, matraces, alambiques. Breann le veía dibujar símbolos en la ceniza del hogar, o mirar al cielo durante horas en las noches de luna nueva. Hasta ahí alcanzaba su supuesta sabiduría. Una vieja trastocada con la que no se podía razonar. Más allá de las diferencias de idioma, nada insalvable, el carácter de la anciana imposibilitaba cualquier aprendizaje.

Al menos, eso le pareció al principio.

Porque, pese a todo, Breann no tardó en advertir que había algo más. Algo grande, que subyacía tras aquella cotidianidad decepcionante. Eso fue lo único que impidió que regresase a sus amadas Tierras Altas. Sí, el regreso a *A' Ghàidhealtachd* podía esperar.

Porque ese *algo más* sucedía de vez en cuando. Y era realmente milagroso.

Cuando alguien llamaba a su puerta aquejado de un mal grave, Myrna sabía qué hacer. Si eran lesiones leves, los echaba a cajas destempladas. Y siempre haciendo gala, de la forma más ostentosa, de sus manías de vieja tarada. Ellos se largaban hechos una furia, jurando nunca regresar y maldiciendo a aquella loca andrajosa. Sin embargo, si venían personas con un dolor de muerte o algún mal que hiciera peligrar su vida, les mandaba pasar y los abría.

Los abría, sí.

Primero los dormía, dándoles a respirar un paño impregnado en una misteriosa sustancia que la pequeña tardó poco en asociar con la planta de la adormidera. «*Crom-lus*», oyó una vez. La misma que las jovencitas empezaban a denominar «*Poppy flower*» allá en Inbhir Nis.

Después la vieja cogía una navaja tan afilada como el viento del norte, la pasaba por un líquido que guardaba como si fuera oro y hacía una incisión en la piel. Después metía por la abertura las manos, también empapadas en el mismo líquido, y localizaba el daño.

Y arreglaba lo que estuviera mal.

Finalmente, cosía el corte con hilos de no se sabía qué. En cuanto los pacientes volvían en sí les daba alguna pócima sedante, o les hacía respirar de nuevo la sustancia narcótica. Al considerar que estaban listos, los dejaba ir. Antes, eso sí, les hacía jurar que jamás le contarían a nadie lo sucedido.

Era algo asombroso, pero era real. Por eso, Breann decidió aguantar.

Aquellas personas, de no haber sido por Myrna, habrían agonizado hasta morir de una manera lenta y terrible. La anciana no le explicaba

nada, ni le indicaba qué sustancias había que emplear en cada caso, pero la niña no perdía ojo. De ahí que decidiera permanecer junto a la druida.

Con los años, después de tanto observarla, Breann empezó a comprender algunas cosas. Ya podía identificar las estructuras anatómicas y asociar las funciones que cada una desempeñaba. Las piezas encajaban. Entonces, la sanadora comenzó a encargarle tareas sencillas. A veces, le pedía que le pasara el instrumental. Otras, que fuera a recoger plantas de las que crecían en los bosques. Osmunda, dedaleras o muérdago. Myrna sabía qué hacer con ellas.

Así fue como aquel día, cuando cumplía cuatro años lejos de su hogar, la chiquilla se internó en el bosque de Karnag para recoger visco blanco.

En plena ventisca, Breann trepó hasta lo alto entre las ramas de una encina enorme que crecía al lado del camino. Desde aquel lugar, lo más profundo del bosque era un tapiz blanco. Pese a la nevada, allí habría buen muérdago. En efecto, no tardó en dar con él.

Sin miedo a las alturas, ni a la soledad ni a la tempestad que arreciaba a su alrededor, se sentó en una rama. No llevaría allí arriba ni diez minutos, oculta entre el ramaje, cuando se dio cuenta de que unos soldados estaban tomando posiciones bajo su árbol. Se quedó petrificada. Encontrarse con soldados nunca era buen asunto, y mucho menos para una aprendiz de bruja. Así la denominaba alguna vecina malintencionada. Pero, por suerte, no la seguían a ella. De hecho, ni siquiera sospechaban que estuviera allí arriba, observándolos.

De todos modos, permaneció inmóvil. Era mejor esperar a que se hubieran marchado antes de bajar. Pese al frío, contuvo la respiración. Quedarse era preferible a cruzarse con hombres armados, aunque esperar no resultase fácil... Sobre todo, cuando empezaron a pasar cosas terribles.

Al cabo de una guardia tensa, los soldados, quién sabía por qué, asesinaron a flechazos a unos leñadores ante la mirada horrorizada de la muchachita, quien después tuvo que taparse la boca con las manos cuando el capitán del grupo decapitó de un tajo brutal a una mujer que, tal y como ella intuyó al verla, no solo estaba embarazada, sino a punto de dar a luz.

Después se fueron, sin más. Breann, aunque estremecida por el espanto, supo que tenía que actuar. Los años que había pasado con Myrna

tenían que servirle para tratar, al menos, de salvar una vida. Esperó un rato, por si acaso. No por dudas, ni por indecisión. Su instinto de sanadora la guiaba. Finalmente, bajó del árbol. El tiempo se agotaba.

El capitán, a quien otro joven había llamado Dreng, se había llevado consigo la cabeza de la condesa. Así la habían llamado: «condesa». El cuerpo, que ya no vertía sangre, estaba cubierto por la nieve, que iba tapando el color rojo con su blancura inmaculada. La niña sacó la navaja con la que había estado recogiendo el visco. Sin delicadezas, abrió de un corte rápido la ropa que tapaba el vientre abultado del cadáver. Era extrañamente fina para una leñadora.

Actuó con rapidez. Ya no podía hacerle daño. Ya con más tino por la criatura, que no por la madre, volvió a emplear la navaja. Intentando recordar cómo era la cavidad abdominal por dentro, hizo un corte curvo y fue penetrando con las manos en la barriga. Aún estaba tibia.

Palpando con cuidado, dio con la cabeza del bebé. Metió la navaja y rompió la bolsa que lo contenía, que de inmediato derramó un líquido aún caliente. El niño estaba a su alcance. Guiada por la intuición, lo cogió con cuidado y lo sacó al exterior. No sabía si estaba vivo o muerto. La nieve caía también sobre él. Breann, alarmada, lo sacudió con decisión.

Entonces, el niño empezó a llorar.

Aliviada, cortó el cordón umbilical y lo metió dentro de su propia ropa. Colocó al bebé junto a su pecho, en contacto con la piel. Tenía que llegar a casa cuanto antes. Cualquier opción de que el niño sobreviviera pasaba por atenderlo y darle de comer. Secarlo y ponerlo a dormir en un lugar cálido. Y eso, a buen seguro, no iba a suceder en mitad de aquel bosque. Con cuidado, pero decidida, abandonó el lugar. Un cuerpo sin cabeza y una soledad aterradora era cuanto dejaba atrás.

Al menos, eso creía ella.

Un guerrero gauta la vio partir a toda prisa. Beadur Njörðr, asombrado por lo que acababa de presenciar, se acercó al carro. Aún tenía que examinar las ropas de la condesa. Lo que encontrara allí podía ser decisivo algún día, pues todo eran incógnitas en aquella historia terrible.

Solo una cosa estaba clara.

Un futuro convulso se avecinaba.

IV

CASTILLO DE VANNES, JUNIO DE 1400

El conde ya llevaba tres años viudo.

Pese al tiempo transcurrido, no había logrado sobreponerse a la desgracia. Patern de Gwened, antes un guerrero enérgico, no cesaba de rumiar el crimen cometido en mitad de una gran tormenta de nieve; justo cuando trataba de poner a salvo a su esposa de un ataque inglés a la ciudad.

Ataque que, para más tortura, nunca había acabado de producirse.

Y a eso había que le sumarle la pérdida de su decimotercer hijo. Los asesinos no se habían conformado con decapitar a la pobre Alix, sino que habían arrancado de su vientre al pequeño Robert. A saber qué habrían hecho aquellos salvajes con el cadáver del bebé.

Tres años atrás, tras la partida de la condesa había llegado una paloma al castillo con una carta anónima. En ella se indicaba el lugar exacto donde yacía su cadáver. Patern había salido a galope, dejando atrás a los pocos centinelas que habían permanecido junto a él en previsión del asalto a las murallas de Vannes.

Los hijos del conde estaban fuera. Los doce caballeros de Gwened se encontraban defendiendo las costas normandas del desembarco que presuntamente iba a invadir todo el norte de Francia. Algo que, finalmente, no tuvo lugar. Como tampoco, extrañamente, había llegado a consumarse el ataque a la vieja Gwened que sus informadores habían predicho, en función de la escuadra inglesa que habían vislumbrado. El más insistente había sido Cearbhall Pornichet, el talentoso mozo de familia humilde que Patern había acogido como consejero para que fuera, algún día, el mentor del pequeño Robert. Pero eso ya daba igual. Habían asesinado a su hijito antes incluso de haber nacido.

Por miedo al ataque, Patern había evacuado a Alix. Pero su destino era un refugio lejano al que nunca arribó. Por una casualidad nefasta, o por alguna otra razón inexplicable, una avanzadilla de sol-

dados ingleses había interceptado el carro de leña y acabado con todos los miembros de la expedición.

—Esto no es obra de unos simples mercenarios, Patern —indicó el alcaide del castillo, Eusèbe Loudéac, al ver los cadáveres.

Sus hombres habían sido ejecutados con una precisión asombrosa. Cada uno presentaba un flechazo mortal en el ojo derecho. De todos modos, sus palabras no fueron escuchadas. El conde estaba devastado. Sin decir nada, Patern recogió el cadáver sin cabeza de Alix, congelado y rígido, para cargarlo consigo en el caballo. Después había galopado, sin parar de sollozar, hasta el castillo. Ni el regreso de sus doce hijos al cabo de las semanas ni el de Cearbhall al día siguiente le habían servido de consuelo.

—Mi señor —gimió su consejero, arrodillándose ante él.

—Ni tus consejos ni las predicciones que hicimos son responsables de este vil asesinato —le contestó entre lágrimas Patern de Gwened, tirando de él para levantarlo—. Fue la fatalidad de esta guerra atroz que nos asola desde hace ya sesenta años... y la brutalidad de esos malnacidos.

Patern se sentía culpable por la nefasta idea del carro de leña. Se había asegurado de ser el único en presenciar el vientre abierto del cadáver de Alix antes de envolverlo, roto de dolor, en un sudario. Ella no soportaría que la vieran en ese estado. Por eso era el único que tuvo constancia de que el bebé había sido arrancado del vientre de su desgraciada madre. Para todos los demás, madre e hijo descansarían por siempre en la misma tumba. Y eso que, para el viejo Patern, la tragedia era aún mayor de lo que cabría sospechar. Con el asesinato del pequeño ya jamás nacería el último caballero de su casa. Ya nunca vería cumplido su gran deseo.

El mensaje tallado en el menhir de Kermario tendría que esperar.

La vieja profecía ya no se vería cumplida en su descendencia. El guerrero de la luz ya nunca sería uno de los hijos del gran conde Patern de Vannes.

El caballero número trece de la casa de Gwened.

El elegido.

V

CASA DE MYRNA MÉNEC, KARNAG, FEBRERO DE 1400

Breann solo tenía quince años, pero ya llevaba tres al cuidado del pequeño.

Un niño risueño que no conocía un instante de sosiego. Ni de día ni de noche.

—¡Myrna! ¿Has visto a Aydan?

—¡No, ni a la puta que te parió! —le contestó la vieja, desde su taburete.

La joven siguió buscando. Myrna mostraba cada vez un carácter más ingobernable. Tras unos minutos, Breann al fin dio con él. Aydan se había subido a lo alto de un manzano que crecía tras la casita que compartían los tres en la linde del bosque, a las afueras de Karnag.

Y allí estaba, encaramado, a sus tres años y medio.

—¡Aydan! —lo reprendió Breann, entre susurros—. ¡Bájate de ahí!

El niño la miró desde arriba con cara de risa. Ella era la única familia que había conocido a lo largo de su corta vida, aparte de Myrna.

Al verlo allí arriba, Breann recordó lo sucedido aquel día. Cómo había corrido sobre la nieve con el bebé apretado contra su pecho, tratando de alcanzar lo antes posible el calor del hogar.

Myrna la había visto entrar sin decir nada. Tampoco abrió la boca cuando la muchacha lavó al niño, ni cuando intentó alimentarlo mojado la punta de un paño de lino en leche de oveja. Nada, salvo una mirada indescifrable y un silencio desconcertante. Cuando el bebé se quedó dormido, Breann se volvió hacia ella, dubitativa. Suponía que la anciana esperaba alguna explicación. Pero cuando iba a empezar a hablar Myrna se acercó, le puso un dedo sobre los labios y, por vez primera, le acarició una mejilla. Después la miró fijamente, con una mirada transparente y profunda, y se fue a dormir. No asomó hasta el día siguiente.

La chiquilla, más tranquila, acabó por quedarse dormida con el bebé en el regazo.

A la mañana siguiente, algo extraño sucedió. Tras salir de la alcoba donde hacía las sanaciones, Myrna posó sobre la mesa unos frascos. Después cogió un tizón encendido y lo acercó a la carita del niño. Breann se asustó, pensando que en su locura lo podía quemar, pero la mirada de la anciana la detuvo en seco. No solo era lúcida, sino que también estaba cargada de sabiduría.

Tras una inspección pormenorizada, Myrna musitó unas palabras en lengua antigua que Breann alcanzó a comprender. Era el idioma común de los hijos de Gael.

*«Hijo de la nieve, de la muerte nacido,
guerrero de la luz, caballero del este,
de la casa de Gwened el número trece,
faro entre tinieblas, coloso elegido».*

VI

WESTMINSTER HALL, LONDRES, ENERO DE 1397

—Ya no se cumplirá la profecía —aventuró Richard, rey de Inglaterra.

—Alteza, creo que la prueba aportada avala mi certeza.

Dreng Straw señaló con el mentón la cabeza cercenada de la condesa de Vannes. La prueba del éxito en la misión que le había encomendado el monarca.

Que no llegara a nacer el decimotercer caballero de la casa de Gwened.

Richard apartó los ojos del trofeo. Su tétrica expresión lo horrorizaba. Sentía una rara mezcla de tranquilidad, al ver eliminada la amenaza, y de repulsión por el modo en que su mercenario había zanjado aquel asunto.

—¿Sabes, Dreng?, yo no creo en embrujos. Pero esa condenada sabiduría druídica... No sé qué tiene, pero siempre acierta.

—Esta vez no, alteza —rebatía Dreng, sonriente.

El rey se quedó callado. Al saber que Alix de Gwened estaba encinta de nuevo, diez años después de haber parido a su decimosegundo hijo, había entrado en pánico. Llevaban sesenta años en guerra con Francia, y lo último que necesitaba era que la leyenda de los menhires de Karnag cobrase vida. Fuese superstición o no, infundiría unos ánimos a sus enemigos que no estaba seguro de poder resistir.

Mil veces había sido advertido sobre la profecía de Kermario. Por eso, asesorado por Dreng Straw, simuló que una armada iba a desembarcar en Normandía. La amenaza había provocado que los doce caballeros de Gwened fueran a defender la costa. Tal y como Dreng había predicho, mordieron el anzuelo.

—Usemos mercantes, alteza, como navíos de guerra. Creerán que los vamos a invadir.

Esa parte del plan había sido un éxito. Sin recursos militares, el conde no tendría más remedio que adoptar las medidas que fuera

preciso con tal de proteger a su esposa y al hijo que venía en camino. Y ahí fue donde entró en juego la influencia del joven Cearbhall sobre Patern. Otra jugada de Dreng. Convenientemente aconsejado, camuflar a su mujer en un carro de leñadores le pareció al conde la mejor opción posible.

«*Quedarse en Vannes, mi señor, supone desafiar a la muerte*», le había susurrado el muchacho.

Después sugirió a Patern que lo más seguro era enviar a la condesa al *Finistère*... Y le indicó el lugar idóneo para la emboscada al comandante Straw.

El rey inspiró hondo. Dreng había ejecutado el encargo. Con la muerte de Alix se acababa la pesadilla. Ya no llegaría a nacer durante su reinado el caballero predestinado a expulsar a los invasores de Francia. La vieja profecía tendría que esperar, como mínimo, otra generación.

Con eso sería suficiente.

VII

Breann evocaba a menudo el nacimiento de Aydan.

En sus sueños más tenebrosos los asesinos ejecutaban a la madre del niño una y otra vez. Tal vez fuese porque la brutalidad que había presenciado la había dejado marcada, o tal vez porque nunca había cesado de preguntarse cuál podría ser la causa de algo tan atroz. La espeluznante precisión de los arqueros. La maestría del capitán al asestar el mandoble. El apelativo otorgado a su víctima antes de ejecutarla.

«*Condesa*».

Seis años después, Breann se debatía entre las viejas incógnitas y algunas nuevas. A medida que el niño crecía, sus preguntas se habían multiplicado. El niño era alegre y espabilado. Hasta ahí, todo normal. Lo raro había ido apareciendo después. Más que raro, pasmoso.

El chiquillo había desplegado unas capacidades extraordinarias. A una fuerza y habilidad fuera de lo común se les sumaba que había comenzado a hablar cuando aún no había cumplido ni un año de vida. Y no palabras sueltas ni expresiones inconexas, sino conversaciones completas. Además, para sorpresa de Breann, Myrna había asumido la crianza del pequeño con una cordura inédita. Lo alimentaba y lo vestía, pero también razonaba con él y le enseñaba los secretos de las plantas y de los animales, del viento y de la lluvia.

Los primeros años lo mantuvieron en secreto. Ya tenían fama de brujas, no era cosa de exhibir a un chiquillo que nadie sabía de dónde podía haber salido. A eso ayudó que su casa estuviera alejada de las otras. Al fin, la joven empezó a sacarlo de vez en cuando. Imitando lo que había sucedido con ella misma, lo presentó como su hermano pequeño. El menor de la familia, enviado por sus padres desde Inverness para que se hicieran cargo entre los dos de la *tía* Myrna. Que su historia fuera creíble fue lo que llevó a Breann a adjudicarle un nombre escocés: Aydan Sneachd.

«El pequeño fuego entre la nieve».

Aunque todo se fue normalizando, Breann nunca logró olvidar el milagro de su alumbramiento, por mucho que hubieran pasado ya seis años largos.

Una tarde de abril, Myrna y Aydan estaban sentados ante la puerta de la casa. Llovía, pero el alero los protegía. Mientras señalaba las nubes, la anciana le iba explicando el ciclo del agua al niño. Breann, desde la cocina, escuchaba sorprendida. Nadie habría dicho en esos momentos que Myrna fuera una vieja loca.

—El agua que ahora ves caer estuvo primero en el mar. Allí es salada, y no se puede beber, pero el calor del sol hace que se transforme en vapor y suba hacia el cielo. —El niño escuchaba con atención—. Al llegar arriba y enfriarse, se forman esas nubes. Después, en función del frío que haga, caerá de nuevo al suelo. Finalmente, de una forma u otra, acabará por regresar al mar.

—¿Y eso una y otra vez? —El pequeño contemplaba la lluvia con gesto reflexivo.

Ya vislumbraba la conclusión final de la lección. Como el día que sucede a la noche, como el ciclo lunar que vuelve eternamente, como las estaciones y el propio latir de nuestros corazones, todo está condenado a repetirse, pues el tiempo es una magnitud infinita que nuestro limitado entendimiento no es capaz de abarcar.

—El agua puede ser el líquido que bebemos o el vapor que sale de una olla. Puede ser el hielo que cuelga de los tejados o la nieve que cubre los bosques en invierno —concluyó Myrna—. Pero su destino es invariable en esa espiral sin fin.

Breann seguía escuchando desde dentro. La lección sobre el agua había desembocado, una vez más, en la cuestión del futuro predeterminado. La joven estaba convencida de que Myrna pretendía modelar la percepción del niño, aunque no lograba intuir el porqué de su empeño.

No conocía todavía la profecía perdida de Kermario.

La joven empezó a pensar que Myrna Ménec estaba menos loca de lo que hacía creer a todo el mundo, pero fue cosa de un rato, pues la momentánea cordura de la sanadora no tardó en marcharse tal y como había venido. Estaba en pleno razonamiento cuando tres niñas que vivían cerca pasaron corriendo para recoger la ropa que su madre había dejado a clareo.

Breann las vio a través de la ventana. Tres chiquillas sonrientes, de entre siete y once años.

—¡Corred, putas, corred! —vociferó Myrna, en uno de sus ataques de furia injustificada.

Las pequeñas se asustaron. Tal vez fuera cierto que era una bruja. Por eso a su regreso, viendo que seguía allí sentada, pasaron caminando despacio. No fuera a ser que Myrna les gritara otra vez. Breann, que había escuchado los improperios desde el interior y aún no se había repuesto de la vergüenza, casi se cayó de espaldas al oír cómo la sanadora les gritaba, más indignada que antes.

—¡Mojaos, putas, mojaos!

Ruborizada hasta la punta de los cabellos, la joven suspiró.

La vieja estaba loca, desde luego. No tenía remedio.

VIII

Los doce caballeros fueron tomando asiento.

En el salón principal, el alcaide charlaba con los hijos del conde. Un ambiente cordial reinaba en el castillo de Vannes; aunque no para todos. Patern contemplaba con gesto abatido la alegría de sus hijos. La misma que él tenía antes de que la tragedia lo sumiera en la oscuridad.

A su derecha, Cearbhall no perdía detalle. Hasta las conversaciones más despreocupadas parecían interesarle, pero si estaba implicado el mayor de los caballeros, su interés se disparaba. Waroc'h de Gwened, el primogénito, era la mano derecha del regente de toda Francia.

Al rato, Waroc'h, precisamente, alzó el brazo y se quedó mirando a su padre con gesto serio, dando a entender que todos debían callar. El mayor de los hijos era un hombre respetado, y no solo en el seno de su familia. Su carácter firme y su rectitud lo avalaban en la mismísima corte del rey. Los otros once hijos de Patern habían elegido caminos dispares. Algunos, como los gemelos Jost y Armel, eran ya militares de alta graduación; el segundo, Jean, llevaba diez años ejerciendo como capitán de navío en la armada real, y Henry era el abad de un monasterio. El más joven, Per, solo tenía dieciséis años, pero ya estudiaba en la escuela fundada por el legendario sabio Nicole Oresme. Entre el resto se contaban un diplomático, un físico, un cartógrafo, un astrónomo, un canónigo cuya fulgurante carrera auguraba que pronto sería obispo y un comerciante, Yann de Gwened, que había recorrido medio mundo a bordo de sus mercantes.

Todos se giraron hacia su padre, pero Patern miró a Cearbhall con cara de circunstancias. Las reuniones, que siempre había dirigido con decisión, incluso con entusiasmo, ahora lo desbordaban. De hecho, ya no tenía fuerzas ni para convocarlas. El simple gesto de levantarse de la cama cada mañana se había convertido en una pesadilla.

—Padre, cada uno de nosotros ha viajado desde un confín del reino —observó Waroc’h—. Vamos con los asuntos que afectan a nuestra casa.

Patern suspiró. Sabía que su hijo tenía razón, pero no tenía fuerzas ni ánimo. El alcaide Eusèbe, anticipándose, se decidió a tomar la palabra. Hay silencios que son una travesía por el desierto.

—Caballeros, el conde, aquí presente, anda afectado por unas fiebres un tanto tozudas. —Todos sabían que aquello no era cierto. Que la verdad era que la moral de Patern nunca había llegado a recuperarse de la pérdida de Alix—. Se os ha reunido, como siempre, para informaros acerca de la situación del condado.

Tras las palabras del alcaide, un nuevo silencio se apoderó del salón. El conde seguía sin pronunciar palabra. Por fin tomó la palabra Loïc, el canónigo. Mejor hablar de cualquier cosa que prolongar el páramo de forma indefinida.

—¿Qué noticias nos traes de la corte, Waroc’h? —preguntó, sin importarle que fueran asuntos que nada tenían que ver con el fin de la reunión—. ¿Qué va a hacer el rey respecto a Inglaterra?

Todos se volvieron hacia el primogénito, y el desánimo del conde quedó a un lado.

—El rey... —titubeó Waroc’h—. En fin, ya conocéis sus demencias.

Todos asintieron. La locura de Charles era la mayor debilidad de Francia en el conflicto con los ingleses. De ahí que el reino estuviera gobernado, en realidad, por Louis, el hermano del rey. El amigo y valedor de Waroc’h de Gwened.

—Entiendo que vamos a seguir esperando a que Inglaterra nos invada cuando le venga en gana —apreció Henry—. Y que tendremos que seguir aguantando de forma indefinida.

Un rumor de indignación se extendió alrededor de la mesa, pero en un momento todos se detuvieron, sorprendidos.

Patern se disponía a tomar la palabra.

—La desgracia ha condenado a nuestra casa. Y también a nuestra patria. —Con aspecto abatido, el conde se levantó de su silla—. El guerrero número trece de la casa de Gwened fue asesinado antes de nacer. Con él murió la última esperanza de expulsar al enemigo.

Los doce caballeros lo miraron con consternación. Cearbhall agarró por el brazo a su señor, que mostraba síntomas de una debilidad preocupante, para prever una posible caída.

—Padre, esas supersticiones no conducen a ningún lugar —respondió Waroc’h—. Debemos tener los pies en el suelo.

Patern se quedó observándolo con impotencia. Sus hijos, que tanto entendían de leyes, y que ocupaban cargos prestigiosos, despreciaban la sabiduría antigua de los hijos de Gael. El conocimiento acuñado durante milenios por los sabios más excelsos de la antigüedad, transmitido oralmente de generación en generación. Negó con la cabeza. Ellos jamás lo entenderían.

—Sin embargo, la profecía de Kermario se cumplirá algún día —apostilló, antes de volverse hacia la puerta, apoyado en Cearbhall—. Ojalá en la descendencia de alguno de vosotros nazcan trece caballeros. El último de ellos podría ser el elegido. Pero eso, hijos míos, ya nunca sucederá en mi tiempo. He fracasado en ese empeño.

Una consternación muda se extendió por el salón, lleno de rostros circunspectos. A pesar de las molestias asumidas por los doce para acudir, había sido en vano.

Patern se encaminó a la salida. Siempre a su lado, Cearbhall lo guiaba con la mirada ensombrecida. Solo pensaba en la manera de reunirse con Waroc’h sin que nadie se percatase. El día en que el condado no pudiera seguir soportando la demencia de Patern estaba próximo, y el heredero no iba a abandonar la corte. Entonces, alguien tendría que hacerse cargo de todo. Y no iba a ser cualquiera. Tendría que ser alguien capacitado.

En las cábalas del consejero, ese alguien solo podía ser un hombre.

Él mismo.

IX

Cuando se sacrificaba a un animal, Myrna siempre acudía.

Si eran ejemplares grandes, como potros o terneros, ayudaba en la matanza a cambio de alguna pieza. Aunque en todas las casas había quien sabía ejercer de matarife, los vecinos estaban encantados de cederle los cuchillos. Era rápida, pulcra y minuciosa. Toda una maestra en el arte de la disección.

Trataba de estar siempre, fuesen ocas o corderos. Eso sí, donde no faltaba nunca era en la matanza de los cerdos. Ahí, además, se llevaba a Breann consigo. Mientras los hombres se recuperaban del esfuerzo, la anciana iba abriendo con maestría al animal. Al hacerlo, le iba explicando por lo bajo todos los secretos de su anatomía.

—Esta es la tela que cierra los pulmones y el corazón, niña —murmuraba Myrna, extrañamente cuerda—. Esta pared de aquí abajo es la que hace que los pulmones se hinchen y si deshinchén, ¿ves? Y estas portezuelas son las que abren y cierran los cubículos del corazón y dejan entrar y salir la sangre...

La niña no perdía detalle. Algo le decía que las lecciones iban más allá de una clase práctica sobre vísceras comestibles.

Aydan solía acompañarlas. Myrna le había ordenado a Breann que lo tuviera cerca. También el chiquillo debía presenciar los secretos de la vida. Así fue como la joven y el niño se aprendieron de memoria los órganos que contenían aquellos cuerpos y las funciones que cada uno de ellos desempeñaba.

Eso sí, al regresar a casa, la sanadora volvía a ignorar a la muchacha. Se pasaba el día entero con el niño, haciéndole preguntas y obligándolo a razonar. Siempre generando dudas en su cabecita sobre los misterios más inexplicables.

Así era el día a día de Myrna desde que había llegado Aydan.

Le hablaba del muérdago, de las piedras que afloran en las cumbres y de la altura del sol en función de la estación. Del valor curativo del abruño, que crece en los riachuelos.

De una sabiduría ancestral.
Del cielo, del tiempo y de la vida.

X

El que espera desespera. Y Beadur era la viva imagen de la exasperación.

Su misión se había estancado en el limbo. Llevaba años aislado en un confín del mundo donde nunca acababa de pasar nada. Una rutina monótona e interminable.

Cada vez recordaba más a sus hermanos de orden, que defendían la isla de Rodas. Echaba de menos su vida de guerrero y, sobre todo, echaba de menos Constantinopla.

El tiempo y la distancia habían dulcificado los recuerdos. Desde las suaves colinas del *Penn ar Bed* era fácil obviar la dureza del entrenamiento al que había sido sometido durante años. Pero es mejor sobrevivir a duras penas que no encontrar una razón para vivir, y él se pasaba los meses solo. Como mucho, se citaba un par de veces al año con Ezra ibn Levy. Una charla en alguna taberna discreta de una villa fronteriza cada cinco o seis meses. Eso era todo.

Ezra, sefardí de Toledo, era el mejor guerrero de la Orden. Por eso había sido destinado a una tierra en ebullición: Normandía. Eso sí era apasionante, rumiaba Beadur. Desde que el rey de Inglaterra se había empeñado en reconquistarla, la región se había transformado en el ojo de un huracán. El gauta sabía de la importancia que el Maestre le otorgaba a ese territorio. A menudo se imaginaba lo que tenía que ser infiltrarse entre las líneas enemigas, vigilando los varaderos más remotos. Admiraba el prestigio de su compañero. Lo envidiaba, de hecho. Algún día podía convertirse en uno de los cargos más importantes de la Orden. Custodio del Legado o, a lo mejor, incluso Gran Maestre.

Ese era el gran Ezra ibn Levy. Seco como un palo, pero un buen tipo. Al compararse con él, Beadur se sentía marchitar de tedio e intrascendencia. Así fue, al menos, hasta que en su vida pasó algo inaudito. Unos años atrás, había descubierto la acción secreta de un grupo de asesinos enviados por la Corona inglesa para asesinar a la

condesa de Vannes y al niño que estaba a punto de alumbrar. Nunca alcanzaron a saber que la criatura había logrado sobrevivir gracias a la inverosímil intervención de una chiquilla.

El cómplice en la operación había sido Cearbhall Pornichet, el hombre de confianza del conde. Además de registrarlo todo en su memoria, Beadur se había guardado un objeto valioso. Algo que podría servir como prueba, llegado el momento. Una alhaja que la condesa portaba en el instante de ser asesinada. Y había más. Que el pequeño hubiera acabado en casa de la sanadora de Karnag, una anciana llamada Myrna Ménec, y que la persona que lo había rescatado del vientre de su madre muerta fuera una niña venida desde las Tierras Altas de Escocia era doblemente extraño. En semejante cuadro, ya solo faltaban las excepcionales aptitudes del chiquillo.

Era inevitable evocar la profecía perdida.

Una leyenda druídica había sido tallada en tiempos inmemoriales sobre la superficie de un menhir. La piedra de Kermario la llamaban. El mensaje se refería a un guerrero nacido de la muerte que sería el decimotercer caballero de la casa de Gwened y que, de alguna manera, nacería de la nieve. Se refería también a una tierra amenazada por un invasor que sería liberada por ese «elegido».

La insulsa existencia de Beadur se centró en la figura del pequeño Aydan Sneachd. El espía de Rodas empezó a rondar Karnag como un fantasma. Cada día, Myrna salía a dar un paseo con el pequeño. Era algo cotidiano, y, sin embargo, cada acecho le traía una nueva sorpresa.

—Así se hace fuego con dos palos —oyó a la mujer, una tarde luminosa de junio, en medio del bosque—. Ahora prueba tú.

El pequeño se dedicó durante una hora a frotar un palo contra el otro, imitando a la sanadora. No se rendía, a pesar del sudor que le resbalaba por todo el cuerpo y de que sus manos sangraban por las ampollas reventadas. Por fin, y al ver que nunca iba a darse por vencido, Myrna lo detuvo. Le explicó la velocidad y dirección que debían seguir sus manos, y cómo aplicar la fuerza.

Al fin, Aydan logró encender un fuego sin más útiles que un par de ramitas secas.

—Así es la vida —observó la mujer, impasible, mientras apagaba las llamas con los pies—. Un par de árboles dan un millón de astillas, pero un par de astillas bastan para hacer arder un millón de árboles.

Aydan se quedó en silencio. No veía a dónde quería llegar la anciana. Ese tipo de comentarios siempre encerraban un sentido oculto. Ella lo dejó cavilar.

—Me estás hablando del comportamiento de las personas, ¿verdad? —preguntó él, al cabo de un rato—. De la confianza, de la traición...

Mientras Beadur abría los ojos entre el follaje, Myrna sonrió disimuladamente.

—¡Te estoy hablando de madera, liante del demonio! —le soltó, hecha una furia.

Beadur también sonrió, desde su escondite El niño mostraba una lucidez que superaba cualquier expectativa. Y no tenía más que seis años.

El texto ancestral resonó de nuevo en su cabeza.

Una profecía tallada en piedra miles de años atrás.

XI

Un demonio susurrante había anidado en sus cabellos.

Para Cearbhall, los recuerdos de la infancia en Pornichet se mezclaban con la cabeza cortada de Alix de Gwened. La condesa cariñosa que lo había tratado como un hijo. Ya habían pasado seis años desde que un Cearbhall de solo quince participase en el asalto al carro de leñadores en el que había intentado escabullirse, camuflada, la condesa.

También recordaba cuando, tras la reunión frustrada, Cearbhall siguió a Patern hasta su alcoba. Se encontró a su señor junto a la ventana, oteando el horizonte.

—Ni para llevar una reunión sirvo ya, mi fiel amigo. Ninguno de mis doce hijos me comprende —murmuró Patern, con amargura—. Mi existencia ya no tiene sentido.

Cearbhall se retorció, pero logró mantenerse firme.

—La pérdida de la señora Alix fue terrible para todos, mi señor —objetó—. También para vuestros hijos.

Patern se volvió hacia él.

—Alix era toda mi vida, ¿sabes? —musitó—. Con ella fui el hombre más feliz del mundo. Primero, cuando nos casamos. Después, a medida que me fue dando hijos. Un descendiente tras otro, todos varones. Con tal facilidad que llegué a pensar...

El señor de Vannes, más envejecido en los seis últimos años que en los cincuenta y cuatro anteriores, calló otra vez. Cearbhall no supo interpretar si este silencio era debido a la emoción o a las dudas. Presintiendo algo importante, esperó.

—Ya sabes que en nuestra vieja Armórica el conocimiento ancestral es muy respetado —siguió Patern, y Cearbhall asintió—. No es casual. La tradición de nuestros antepasados siempre ha sido certera.

El conde miró hacia la lejanía.

—Decidieron dejar por escrito solo unas pequeñas partes de ese legado. Aquellas que consideraron trascendentales para la supervi-

vencia de nuestro pueblo..., como la profecía de la piedra de Kermario. —La mirada de Patern se dirigió de nuevo a su consejero—. ¿Sabes de qué te hablo?

Cearbhall se puso en tensión. Le sonaba la leyenda, sí. Todo el mundo la conocía por allí. Auguraba la venida de un guerrero que liberaría a su patria, cosas absurdas sobre un hijo de la nieve que siempre le habían parecido cuentos de viejas.

Sin embargo, ahora frunció el ceño.

—A medida que Alix me fue dando hijos fui empezando a creer que ese augurio, el más sagrado para esta casa, y me atrevería a decir que para toda la Bretaña, podría cumplirse en mi propia descendencia. Esa sería la mayor gloria que el destino me podría haber reservado, Cearbhall.

El pulso del mozo se disparó. Las incógnitas que aún acompañaban al terrible suceso comenzaban a despejarse. Ahora comprendía por qué el rey de Inglaterra había enviado a su mejor mercenario a ejecutar tan extraña misión.

Que jamás naciera el decimotercer hijo de Patern de Gwened.

Los remordimientos por lo sucedido en el bosque nevado se renovaron. No sospechaba que lo que Patern estaba a punto de confesarle iba a destrozarse su conciencia, ya hecha jirones.

—Pero eso ya no va a pasar porque esos bárbaros, además de cercenarle a Alix su hermosa cabecita, arrancaron el bebé de su vientre apenas unos días antes de que lo pudiera traer al mundo. Tal vez unas horas.

Cearbhall, a punto de desplomarse, tuvo que apoyarse en la pared. Por suerte, el conde observaba en ese momento el horizonte. El joven había estado presente en la decapitación de la condesa. Lo recordaba todo a la perfección, y desde luego nadie, ni siquiera el salvaje de Dreng, había tocado el cadáver. ¿Arrancar al niño de su madre muerta? Eso no había pasado. Al menos, mientras él estuvo presente.

—¿Estáis seguro de eso, mi señor? —preguntó, con una voz temblorosa que Patern identificó con el horror que debía de sentir ante tanta barbarie.

—Yo mismo recogí su cadáver y lo envolví en un sudario antes de darle sepultura con mis propias manos. No permití que nadie viera así a mi pobre Alix, sin cabeza y con la barriga abierta por un matarife. Ella no lo hubiera permitido.

Cearbhall sentía latir la sangre en sus sienes. ¿Había alguien más allí? ¿Alguien que sabía que en el vientre de aquella mujer aún vivía un niño? ¿Capaz de abrirle la barriga y sacarlo?

—Por eso, mi querido Cearbhall —siguió el conde, más abatido que nunca—, es por lo que no me restan fuerzas. La ilusión de toda una vida se desvaneció junto con Alix. Ya nunca seré testigo de la llegada del decimotercer caballero de Gwened, ni nacerá en mi descendencia el elegido de la profecía.

Cearbhall tuvo que apoyarse otra vez en la pared. Sintió náuseas, y por un segundo todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Estuvo a punto de desmayarse cuando una última pregunta golpeó su cabeza con la contundencia de una pedrada.

¿Quedó allí alguien capaz de traer a la vida al elegido de Kerma-
rio?